

ARMAS DE PERSUASIÓN MASIVA: RETÓRICA Y RITUAL EN LA GUERRA DEL PACÍFICO

Carmen McEvoy, (Edición y estudio preliminar), Ediciones Centro de Estudios Bicentenario, Santiago, 2010, 348 páginas.

Carlos Sanhueza Cerda (*)

“El arte de la guerra tiene que vérselas con las fuerzas vivas y morales ...”(Vom Kriege, 1832) Esta frase, perteneciente al prusiano decimonónico Claus von Clausewitz, revela en qué sentido la guerra, en definitiva, es un asunto público. En otras palabras: el uso de la fuerza, así como la dominación, deben ir acompañadas de una esfera de legitimación que se da en otros órdenes, que apele a esferas situadas más allá de las estrategias, los equipamientos y los contingentes humanos. El texto aquí presentado transita sobre esta faz del enfrentamiento bélico al destacar de la llamada Guerra del Pacífico aquellas trincheras construidas “en las oficinas de redacción de los periódicos, en los púlpitos de las iglesias [,] (...) en los escritorios de los publicistas” (p.16), en el intento de movilizar las “fuerzas vivas” de las que nos habla el citado autor prusiano.

La reproducción de fuentes, en tanto que expresión de esta suerte de armada retórica, es instalado por el libro desde un conjunto de sermones y discursos pronunciados por personalidades chilenas entre 1879 y 1884. Las premisas que articulan dicha selección de textos podrían resumirse fundamentalmente en tres. Primero: la guerra es el intersticio que deja al desnudo la fisonomía de un país (su devenir, sus sociabilidades, sus grandezas y pequeñeces). Segundo: la retórica (mecanismos retóricos, en palabras de la autora) es el medio utilizado por la

(*) Doctor en Historia Moderna, Universidad de Hamburgo, Alemania. Académico del Instituto de Estudios Humanísticos Abate Juan Ignacio Molina, de la Universidad de Talca.

intelectualidad a fin de darle un sentido (una narrativa histórica, nos dice Carmen McEvoy) a este conglomerado que cada vez más deviene en conjunto. Por último, esta intersección del discurso con una situación límite circula en la esfera de lo público, en una suerte de incipiente sociedad de masas.

El texto privilegia dos escenarios desde donde ve emerger esta retórica bélica: a partir de la esfera secular y desde la esfera sagrada. Esta división es utilizada en el texto tanto en el estudio introductorio, como en la división de los discursos reproducidos. La guerra, en este sentido, se advierte atrapada entre los designios celestiales y los del progreso; entre la ley divina y la de la Historia (esa que suele escribirse con mayúscula). Estas “armas de persuasión masiva”, actuando tanto en el frente interno como en el externo, son asociadas a un conjunto de rituales que, en palabras de la autora, estuvieron dirigidos a exacerbar las emociones y los sentidos, instalando una narrativa que fue eficiente por su simplicidad (p.23). Claramente unos dirigen, encauzan, visualizan. Los otros, aquellos consumidores de una narrativa simple y directa, emprendieron la movilización de las otras armas, aquellas que no sólo quedaban atrapadas en los torbellinos de tinta y papel.

Un elemento clave en la defensa de la tesis sustentada en el libro aquí reseñado se refiere al papel y uso de la retórica en el Chile de fines del siglo XIX. El texto hace una revisión a la importancia de la palabra en el espacio de la elite ilustrada, en especial a la exaltación de la oratoria como instrumento cívico. En este aspecto se destaca, ya desde el período colonial, el uso de la elocuencia como “un instrumento clave para conquistar el poder político” (p. 30). Esta práctica devino en una verdadera fe en el poder de las palabras en la generación que sucedió al poder colonial, en especial en los ilustrados liberales. Según la autora, éstos visualizaron al hombre de palabras como una suerte de elegido, en cuyo seno descansaba la misión de encauzar y regenerar su sociedad (p.32). Este “sentimiento misionero” de la intelectualidad liberal, pero también de aquellos ubicados a la otra orilla política, encontrará en los enfrentamientos bélicos del siglo XIX un campo fértil de símbolos, relatos, en definitiva de movilización discursiva, ya desde la llamada Guerra contra la Confederación Perú-boliviana. La Guerra del Pacífico, en este sentido, vino a reforzar la importancia del campo comunicacional. Esto posibilitó que en plena guerra, “...oradores de la talla de Benjamín Vicuña Mackenna e Isidoro Errázuriz y predicadores de la categoría de Salvador Donoso, Ramón Ángel Jara y Mariano Casanova construyeran, de manera simultánea, la narrativa y la estética de un evento que influenció, como ningún otro, la trayectoria cultural del Chile republicano” (p.24). La guerra santa y la guerra cívica se hacían parte de las operaciones militares.

La guerra, en otro sentido, no sólo fue fuente para el despliegue del poder comunicacional de una elite deseosa de figuración pública: también posibilitó, a partir de dicho ejercicio retórico, la construcción de identidades colectivas (p.15). Dicha construcción renovó el relato histórico, así como le otorgó al país una noción

de su papel en el concierto de las nuevas naciones. Tal y como lo sustenta la autora, la Guerra del Pacífico fue percibida como evidencia irrefutable de que la Independencia había llegado a su fin y Chile comenzaba a transitar por la “era de la civilización” (p.35). El conflicto bélico con el norte, en particular Perú, era visto como algo más que una lucha entre países limítrofes: allí también se jugaba ilustración versus oscurantismo; civilización versus barbarie. Según el texto aquí presentado, los oradores y periodistas chilenos llegaron a la guerra con un repertorio variado formado por conceptos como los de regeneración, eternidad, sacrificio, guerra justa, civilización, heroísmo y las virtudes cardinales del republicanismo cívico (p. 54). De allí que no resulte casual, afirma McEvoy, que el conflicto se interpretara como guerra civilizatoria. Esta visión tuvo su relato religioso en la medida en que, desde los púlpitos, se proclamaba el derecho a una guerra justa enarbolada por Chile a fin de castigar a dos repúblicas “pecadoras”. El discurso cívico, secular, republicano e ilustrado antes que en conflicto con el discurso religioso, se entremezclaba.

Oratoria bélica/ retórica sagrada

Este juego de que nos habla el libro entre la oratoria bélica y la sagrada, sin duda, es una de las contribuciones más destacadas del texto hoy presentado.

En relación a lo religioso, interesante resulta advertir que su apoyo a la guerra no radicó tan sólo en sus sermones, si bien éstos son de particular interés para el texto aquí comentado. En efecto, la iglesia aportó con su infraestructura organizativa, su presencia nacional que incluso superaba a la del Estado. Desde allí desplegó un discurso poderoso basado en la legitimación social de que gozaba. Al mismo tiempo, dicha presencia le permitió retomar un espacio en la vida pública, terreno que antes de la guerra había sido copado por pensamientos más bien ligados a los partidarios de la secularización del país.

Sin duda, el concepto de guerra justa antes mencionado dio una estructura argumentativa al desempeño de la iglesia durante el trance bélico. En un sentido, este concepto permitió hacer del conflicto algo más que una disputa territorial o de riquezas naturales. Se luchaba por la patria, pero también por Dios. Bien sabemos lo poderoso que puede llegar a ser una narrativa que vincule el sacrificio militar con la recompensa divina. En otro aspecto, la Iglesia chilena tuvo el papel de elaborar “una serie de argumentos capaces de dotar de sentido a la muerte de los esposos, los padres y los hijos que dejaban sus hogares y sus familias para irse a pelear al frente de batalla” (p. 67). La oratoria sagrada, tales como las Pastorales, las Alocución religioso-patrióticas y las oraciones fúnebres, le dieron visibilidad y poder a una Iglesia que, así mismo, luchaba por no sucumbir ante un mundo que cada vez la apartaba más de la esfera de lo público.

La oratoria cívica es asociada por la autora con una cultura de la movilización.

Lo anterior implica que no sólo se hicieron discursos en tanto arengas meramente inflamatorias de patriotismo y valor, sino también en virtud de que a través de dichas alocuciones se daba un sentido temporal al conflicto. De esta manera, siguiendo la argumentación del texto, Isidoro Errázuriz estableció tempranamente las conexiones entre un evento único, como el iniciado en 1879, y una cadena de recuerdos que permitiesen procesarlo históricamente, dotando así de significado a la Guerra del Pacífico (p. 83). Los ejemplos históricos tratados por Errázuriz como puntos de referencia (Guerra de la Independencia, Guerra contra la Confederación Perú-boliviana y la guerra contra España) aludían a la nación en pleno y eran rápidamente reconocidos como fundadores. Por otro lado, el sentido de urgencia histórica que se traslucía de las palabras del orador apelaba a la obligación de los ciudadanos a fin de defender la patria. El efecto movilizador de estas palabras descansaba en argumentos cívicos que difícilmente podían ser rebatidos. En otro aspecto, el libro destaca que este efecto movilizador no sólo se circunscribió a una participación activa en el enfrentamiento bélico, así como en la conformación de una unidad social en el contexto de una sociedad altamente polarizada: junto a ello, la guerra permitió establecer mecanismos, tanto reales como simbólicos, de movilidad social.

Interesante es percatarse en qué medida, siguiendo a la autora, la oratoria en clave cívica celebró la participación de los civiles tanto en el frente interno como en el campo de batalla. A pesar de la importancia que poseían los militares la civilidad se percibía como parte del conflicto, lo que terminó por potenciar figuras como el roto chileno, previamente existentes en el horizonte cultural del nacionalismo chileno. Esta consagración del mundo civil, por otro lado, tuvo otro efecto simbólico: este mismo personaje había explotado las riquezas salitreras con un impulso que, moralmente, lo hacía merecedor de los territorios conquistados. Tal y como lo destaca la autora de los documentos reproducidos: el desierto había sido fecundizado “con el sudor de los hombres de trabajo antes de ser regado con la sangre de los héroes” (p. 104).

En definitiva, la guerra no sólo había despertado las “fuerzas vivas y morales” del pueblo de Chile: también las había dotado de un destino que desde ahora se veía compartido. El tejido que enlazó dicho destino se había hecho en clave oratoria.